

con gargantillas murmuran,
lo que distribuyen perlas,
al son de un fino instrumento,
cuyas concertadas cuerdas
daban alivio á sus males,
á la hora de una siesta,
de esta suerte repetia
en amorosas endechas.

Virgen, pues vos sois mi Madre,
de mí tened ya clemencia.

O fortuna, que en mi daño
tan aprisa te despeñas;
deten el veloz impulso
de esa tu inconstante rueda,
que en la cláusula de un día
dió mi signo tantas vueltas!
si nací para penar,
el cielo me dé paciencia.

Oyendo estaba Lucinda
estas lastimosas quejas
entre unas espesas matas,
y desperdiciando perlas,
no pudiendo resistir
de su amante las querellas;
salió y le dijo: cristiano,
qué tienes que te lamentas,
y harás á las peñas duras
ablandar con tus cadencias?
Sirena soy, y en tu canto
están presas mis potencias.
Volvió el cristiano la cara,
y viendo allí á la Princesa,
con agradables palabras
respondió de esta manera:
cuándo merecí, señora,
tal piedad en vuestra Alteza?
por ser gran dicha en un triste
el que le mire una Reina.
Mi suerte logra por corta
en vos la mayor fineza.

Dijo Lucinda: es mi gloria
mirar estas azucenas,
y un diamante que perdido
habia entre estas macetas;
ahora vine á encontrarle
junto á esta fuente risueña.
El cristiano que la entiende,
le dice de esta manera:
ese diamante, señora,
fino en tu obsequio se emplea,
aunque su valor no es tanto,
que aprecio tuyo merezca.
Lucinda le echó los brazos
al cuello, y muy placentera
le dijo: dueño del alma,
señor sois de mis potencias.
Los diamantes de tus ojos
dos rayos son que me quemán;
yo me muero, ya lo sabes,
y si tú no lo remedias,
los bolcanes de mi pecho
serán causa á mi tragedia.
Dijo Belardo: señora,
repórtate, que estás ciega,
que soy cautivo cristiano,
y vengo de pobre esfera,
y tú eres de aqueste imperio
la legítima heredera;
y mal puede haber cariño
entre mi ley y tu secta.
Entonces dijo Lucinda:
déjate de esas quimeras,
eres joven y no lo entiendes,
porque no hay dicha mas cierta,
que el gozar de la ocasion,
cuando el amor la franquea,
que pues imposibles vence,
á todo sabrá abrir puerta.
Sirviendo el suelo de alfombra,
pasaron allí la siesta

en tiernos dulces coloquios,
Belardo para volverla
á nuestra ley, y Lucinda
deseando ya el tenerla.
Quedó Lucinda dormida,
y Belardo que desea
verla cristiana, dispuso,
en una concha que lleva,
en el nombre de Dios Trino
bautizar á la Princesa.
Rosa le puso por nombre;
y quedó Rosa tan bella,
que en laberintos de flores
resucitó entre azucenas.
Despertó del dulce sueño,
como de entre las tinieblas,
desterrando obscuridades,
sale la luna serena.
Dijo: sabrás que he soñado,
que en una cárcel perpetua
estaba mi alma cautiva,
y tú me sacabas de ella,
echándome un poco de agua.
Dijo Belardo: estad cierta,
que estás hecha ya cristiana
con la potestad inmensa
del soberano rocío
que te cayó en la cabeza.
Los dos amantes se abrazan,
y Lucinda placentera,
le dice: dueño del alma,
no aspiro á mas que me quieras,
supuesto que soy cristiana,
y que tú mi esposo seas:
pues te prometo esta noche,
antes que la aurora bella
venga bordando los campos,
que vayamos á tu tierra,
para que conozca el mundo,
que siendo tan gran Princesa,

dejando falsos errores,
cristiana voy á Valencia.
Quitóse un cendal muy fino
con un encaje de perlas,
diciendo: toma Belardo,
de nuestra fé verdadera
sea este cendal testigo
hasta llegar á tu tierra;
y adios, porque ya recelo,
que haya quien aquí nos vea.
Gozoso quedó Belardo,
aguardando las tinieblas
de la noche, por salir
de cautiverio y de pena.
Se dieron tan buena maña,
que en aquella noche mesma
aprestaron un barquillo,
y la prevencion ya hecha,
Rosa se vistió de turco
con galas y ricas telas,
llevando para su amante
joyas, diamantes y perlas,
y á mas cuatro mil cequíes,
de Arabia rica moneda.
Se salen por un postigo,
que ofreció una falsa puerta,
por el arenal caminan
ácia donde el barco espera.
Luego que estuvieron dentro,
tienden al viento las velas,
y por escapar del riesgo,
navegan á remo y velas.
En el mar de su esperanza
los dos amantes navegan,
huyendo de su destino,
adonde guía su estrella.
Mas no quiso su fortuna
que llegasen á Valencia,
porque los echaron menos,
y el Turco con rabia fiera

mandó al punto los buscasen
por el mar y por la tierra.
Salieron dos galeotas
muy ufanas y soberbias,
carrozas de la fortuna,
pues con vaivenes navegan.
Cuando el claro rubio Apolo
tendió sus doradas hebras,
dando luz al nuevo día,
dijo Rosa con gran pena:
Belardo, perdidos somos;
sin duda que allá en mi tierra
nos habrán echado menos,
porque dos naves ligeras
nos vienen cortando el viento,
navegando á remo y vela.
Y pues la adversa fortuna
así las cosas ordena,
goce la mar en tu nombre
aquestas joyas y perlas,
puesto que tú no las gozas,
nadie las goce en la tierra;
dijo, y echólas al mar.
Las dos corsarias que llegan,
se apoderan del barquillo,
por tener poca defensa;
aprisionan los amantes,
y á la corte dan la vuelta.
Al Sultan los presentaron,
que al instante los sentencia
á que muriesen quemados,
pues su ley así lo ordena.
Sacan á los dos amantes,
ò qué dolor, ò qué pena!
Belardo de veinte años,
su cara una primavera,
mas vuelta en cárdeno lirio,
y color de violeta;
y Rosa de veinte y dos

y su cara una azucena,
vuelta en cándidos jazmines,
siendo de la nieve afrenta:
desnudos de medio arriba,
descalzos de pie y de pierna,
desmelenado el cabello,
arrastran duras cadenas,
con pregoneros delante
que publican la sentencia.
Un arco se vió en el cielo
con dos hermosas diademas,
y escritas con sangre roja
aquestas siguientes letras:
suban al cielo los justos
á gozar la gloria eterna,
y los injustos se queden
padeciendo eterna pena.
Estando para arrojarlos
encendida ya la hoguera,
llegó un móro apresurado,
diciendo de esta manera,
que si el alcoran adoran,
y quieren seguir su secta,
que los dos se casarian,
y que el reino suyo era.
Entonces respondió Rosa
con una fé verdadera:
anda, ve y dile á mi padre,
que reniego de su secta,
y por no ver á Mahoma,
me arrojó en aquesta hoguera.
Ea, valiente Belardo,
viva la fé verdadera,
viva Jesus y su Madre,
intacta y pura doncella.
Con esto los arrojaron
á las llamas con fiereza,
y libres de toda culpa
suben á la gloria eterna.

F I N.

Valencia: *Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, en donde se hallarán otros diferentes.*